

LA EVOLUCIÓN DE LOS SUCESOS

XAVIER SITJÀ I POCH

Periodista

Hace ya años que el periodismo tiende al espectáculo, y los sucesos constituyen la fórmula ideal.

La anecdótica intervención del rey Juan Carlos para hacer callar al presidente venezolano Chávez se convirtió en la noticia de la reciente cumbre iberoamericana. Antes, la anécdota hubiera servido para introducir la noticia; ahora, la anécdota se convierte en noticia de portada.

Los sucesos siempre han existido. Antes no teníamos información sobre lo que pasaba a la vuelta de la esquina, y ahora conocemos puntualmente y con detalle cosas que suceden en nuestras antípodas.

Los diarios serios apenas no hablaban de sucesos. *El Caso* sí lo hacía, pero iba destinado a un público reducido.

Aquí entra en juego el poder de la imagen y también el gran embolado comunicativo que se organiza hoy día, cuando todo el mundo da su opinión. El ejemplo más cercano es el caso del agresor del tren, que hizo tambalearse la serenidad que debe tener un gobierno, y que exigió una intervención judicial excepcional.

El *boom* de la televisión en los años ochenta cambió todo el panorama.

La competencia que supuso la llegada de las televisiones privadas y de las autonómicas inició la tendencia hacia la prensa amarilla y hacia el sensacionalismo. Las televisiones indujeron a los periódicos a introducir unas portadas televisivas, impactantes, llegando al punto de esperar a ver con qué noticia empezaban los telediarios para decidir la portada.

Por tanto, el fenómeno de priorizar lo dantesco en televisión no es nada nuevo. Ha tenido épocas. A finales de los años ochenta, TV3 apostó por las noticias escabrosas.

La fórmula ideal para que una televisión sería informase, formara y entretuviera se ha ido erosionando. Desde hace unos años, el único objetivo de los medios privados es entretener, ganar dinero.

Los informativos han ido creando a su alrededor unos satélites que son el *info-*

entretenimiento, dentro del cual se mezcla el cotilleo y la prensa rosa con los sucesos. Si no hay quejas o polémicas, no hay noticia.

Entre tanto, la radio se apuntó al *infoentretenimiento* con las tertulias (un subproducto periodístico, según mi punto de vista) que la televisión pronto imitó.

Y hoy en día disponemos del *boom* de la participación periodística ciudadana, con los chats y los blogs a través de Internet, donde todo el mundo se atreve a dar su opinión sin ningún tipo de supervisión.

Parece ser que hasta ahora no hemos descubierto que hay hombres que matan a mujeres, pero eso es algo que siempre ha pasado. Antes los llamábamos «crímenes pasionales», ahora «violencia doméstica». No cabe duda de que está bien que los medios hayan creado conciencia de esta situación, pero creo que hay momentos en que la televisión lo trata más como un suceso que como un acto de violencia machista.

Los periodistas de mi edad nos negábamos a poner el micrófono delante de familiares, testigos o vecinos de un crimen. Pero ahora, ¿qué periodista joven mal pagado, con un contrato inestable y sin un debate ético a su alrededor se va a negar a hacerlo?

En Estados Unidos han muchos estudios sobre cómo el exceso de información de sucesos crea un estado de ánimo negativo, a pesar de que las estadísticas policiales demuestran que el índice de delincuencia desciende con el paso de los años.

Soy periodista y durante ocho años he sido alcalde de Esparreguera. Estoy convencido de que tanto el periodismo como la política son dos instrumentos imprescindibles para cambiar el mundo. Que ambos oficios pueden y deben hacer pedagogía. Que la vida está llena de matices, y no es oro todo lo que reluce.

El periodismo debe formar ciudadanos responsables, debe fiscalizar a los gobernantes. Pero, sobre todo, debe presentar modelos de vida y de comportamiento que ayuden a mejorar la vida de las personas.

Hoy hemos de hablar de grupos de comunicación, de grupos económicos. Poseen periódicos, cadenas de radio, televisiones, editoriales, sellos discográficos, producen películas... Y cuando hablan no dicen que pertenecen a su grupo, como lo hacen los medios de otros países. Entre tanto, los periodistas andamos desmoralizados, somos soldados de un ejército pero no su comandante.

A pesar de estas circunstancias, estoy convencido de que la única esperanza para tener un periodismo independiente y riguroso sigue estribando en los medios públicos, aunque, lamentablemente, parece que ya no preocupan a nadie.